

2

Interculturalidad y solidaridad: ética socio-política y justicia social

2.2. Aportación de: Cecilia Múnera López, Colombia* y Miriam Berengué Roset, España*

Marco teórico

Abordar el tema de interculturalidad y solidaridad desde una dimensión ética y en una perspectiva socio política que arroje claridad al asunto de la justicia social, implica, establecer un marco de contextualización que tiene que ver con los procesos de la globalización y del desarrollo.

Para ello, partiremos de comprender la cultura como la expresión de las maneras de *Ser* y de *Estar* en el mundo, por parte de una colectividad, en las cuales se ven involucradas formas de pensamiento y de relación entre los seres humanos, entre éstos y la naturaleza y entre éstos y sus formas de comprender la trascendencia. De ahí que la multi-culturalidad esté relacionada con la diversidad de expresiones de los pueblos, desde su misma existencia, en el mundo, las cuales están a su vez condicionadas por su propia historia, por las interacciones con otros pueblos, por las características geográficas, por sus producciones intelectivas, como formas de pensamiento y de comprensión del mundo, por sus creaciones técnicas, y por sus expresiones artísticas.

La interculturalidad será comprendida como la posibilidad de intercambiar la multiplicidad de visiones de esa realidad en donde se **es** y se **está**, pero así mismo, de contar (en el sentido de narrar) cómo se interpretan los fenómenos que allí se observan y cómo se resuelven en caso de que se perciban como amenazas o elementos desestabilizadores de los colectivos. Esta posibilidad de intercambio se constituye, en sí mismo, en una posibilidad de solución a problemas que son comunes a toda la humanidad, es decir, se configura como la base misma de las relaciones solidarias.

Desde esta perspectiva los procesos de globalización podrían contribuir al intercambio planteado lo que serviría, por una parte, para que algunos pueblos tengan elementos para resolver sus propios problemas o al menos para mitigar sus vulnerabilidades, y por otra, para que definan soluciones conjuntas a problemas comunes. Ahora bien, no obstante para resaltar ese carácter positivo de la globalización, hay que tener presente que ésta ha sido un resultado de procesos expansionistas de algunos pueblos y, desde la modernidad de algunas naciones, que a su vez impusieron relaciones de dominación con los pueblos colonizados. A esta condición negativa de la globalización se le suma la fundamentación político ideológica de una concepción discursiva del desarrollo de los pueblos, que surge en Europa en el período de post guerra a mediados del siglo XX. Dicha concepción del desarrollo societal impone unas formas de organización social, que implican formas de relación de los seres humanos entre sí y entre estos y la naturaleza, formas de pensamiento y sobre todo, formas de valoración de la existencia, en función de la producción, distribución y consumo de bienes, como medio para el crecimiento económico, constituyéndose éste, en un fin en sí mismo. Es de anotar que la lógica misma del crecimiento, afecta de manera directa a la naturaleza y a grupos de población vulnerable, además que excluye valores que contradigan la lógica del consumo indiscriminado y masivo como uno de los soportes fundamentales de dicho crecimiento. Por otra parte, está acompañada de formas de

* **Profesora Titular de la Universidad Nacional de Colombia**

* **Responsable del Área de Cooperación de la Fundación Internacional de Solidaridad Compañía de María (FISC)**

producción, distribución y consumo que tienden a ser uniformes, dentro de la racionalidad de la economía hegemónica, lo que significa la erosión de los fundamentos mismos de la diversidad cultural en su heterogeneidad de manifestaciones. De igual manera dentro de esta concepción del desarrollo, la solidaridad y la justicia social se reducen a donar los excedentes producidos y con frecuencia innecesarios para el mantenimiento de la dinámica de crecimiento.

Propender por un intercambio intercultural y por unas interacciones solidarias que den como resultado sociedades más equitativas, implica poner en cuestión el enfoque convencional de desarrollo y proponer uno distinto, como se ha planteado en el texto "Resignificar el Desarrollo". En este texto, se parte del significado primario de desarrollo, como proceso de transformación que sufre un organismo vivo, a partir de un elemento originario, que contiene en potencia las posibilidades su transformación, hasta la realización final. Los grupos humanos, como comunidades o como sociedades, pueden al igual que los seres orgánicos individuales, realizar procesos de transformación, a partir de situaciones originales, hasta lograr determinadas finalidades; pero, a diferencia de ellos, pueden definir la dirección de su proceso, analizar las condiciones al inicio, valorar las potencialidades propias, establecer los medios para lograr los fines y diseñar los mecanismos particulares para mantener activa la dinámica.

Desde esta perspectiva, el desarrollo de las sociedades no puede ser concebido como un único y similar proceso para todas ellas; por el contrario, estará caracterizado por la multiplicidad de opciones que otorgan los territorios con sus recursos naturales, con sus condiciones geográficas, históricas y culturales, con las características de su población, pero sobre todo con las intencionalidades o entelequias que cada grupo de población indique para su propio proceso. Por otra parte, esos grupos de población no pueden ser concebidos como masas amorfas que responden a estímulos exógenos y siguen direccionamientos de manera apática; por el contrario, se requiere que estén conformadas por seres conscientes de su existencia situada en el mundo y, al mismo tiempo, capaces de orientarla bajo parámetros de realización definidos de manera libre y autónoma. Es decir, se plantea la necesidad de que el ser humano se asuma como sujeto de desarrollo y no como instrumento de crecimiento; esto implica a la vez entrar en diálogo con otros sujetos, de manera que se puedan realizar proyecciones conjuntas, que tengan sentido para todos; para ello se requiere construir comunidades que compartan el sentido de su existencia, más que algunos intereses comunes. Este intercambio de sentidos se constituye como base de una estructura democrática, en donde prima el significado que cada uno le da a sus acciones y no el interés personal que cada uno persiga con ellas. Se pasa de una concepción de la democracia centrada en las estructuras político- administrativas, y regida por un cuerpo normativo, a una democracia que se realiza en la vida cotidiana. En esta perspectiva, las diferencias intersubjetivas no se observan como amenaza a un proyecto colectivo, sino como una riqueza y fuente de retroalimentación y perdurabilidad del proceso. Por otra parte, este intercambio intersubjetivo, se constituye en la base para intercambios inter grupales, y en niveles macro, inter culturales; de esta manera, los procesos locales no se conciben como dinámicas cerradas en sí mismas y auto suficientes sino que, por el contrario, mantienen conexiones con dinámicas de otros grupos localizados en territorios distantes con los cuales se retroalimentan. Este tipo de Desarrollo Societal se entiende como una construcción socio-cultural múltiple, histórica y territorialmente determinada.

Cómo afecta a la persona y a las relaciones sociales

En un mundo cada vez más interdependiente, la falta de solidaridad puede resultar suicida. Muchos son los casos que a diario nos muestran este crudo alcance internacional de las crisis locales: terrorismo, hambre, guerras, violencia, crisis alimentaria, crisis energética... nos hacen dar cuenta que, o llegamos a un orden

internacional basado en el compromiso ético común, o la humanidad corre el riesgo de encaminarse hacia serios conflictos de difícil control.

¿Es una utopía imaginarse la posibilidad de un diálogo moral y ético de alcance internacional? ¿No se necesita urgentemente definir unos valores ético-universales que expliciten la dignidad de la persona humana, en una diversidad cultural que propicie nuevos modelos de desarrollo social y que ayuden a preservar nuestro planeta?

¿Cómo llegar a ello?

Se necesita, en primer lugar, replantearse la concepción del humano como *homo economicus*, porque una teoría económica fundada en el individualismo de este modelo no deja lugar para la justicia, la solidaridad, ni para ninguna preocupación moral. En segundo lugar, deshacer el enredo entre medios y fines en la economía, con lo que se aclararía que ésta es sólo una parte del total de la actividad humana, que no es en su totalidad computable o matematizable. Y en tercer lugar, dejar de concebir la actividad económica como crematística preocupada tan sólo por el corto plazo. En el problema medioambiental y social han de valer las miradas a largo plazo, ya que una buena inversión productiva no es aquella que resulta económicamente rentable, sino la que además no arruina el sustrato social, ambiental y cultural sobre el que se cimenta la economía.

Estas exigencias sólo pueden darse en el marco de una Ética discursiva y del cuidado y de una democracia participativa. Es decir, de una filosofía práctica que nos permita argumentar acerca de la justicia pero sin descuidar el valor ignorado del cuidado, porque solamente con medidas de justicia y actitudes de cuidado será posible incluir en nuestras decisiones a toda la Humanidad -presente y futura-, y podremos responder a cuestiones ecológicas, sociales y culturales sin entrar en total contradicción con la (ir) racionalidad económica. Una democracia participativa donde participación significa la capacidad de la sociedad civil para influir sobre los resultados, alternativas, decisiones y planteamientos de problemas, y sobre los objetivos políticos, sociales y culturales y donde la Utopía de una participación igual y efectiva de todas las personas, en los problemas que nos afectan, sigue siendo el horizonte hacia el que caminar.

Necesitamos dar con un paradigma que integre todos los logros de la mente humana y de la actividad del ser humano, independientemente de la ideología o movimiento político que pueda acreditarlas. Este paradigma sólo puede basarse en valores comunes, en una síntesis sobre lo que une a las personas, países y naciones más que sobre lo que les separa.

La búsqueda de esta síntesis sólo puede conseguirse si volvemos a los valores, de sobra conocidos, que forman parte de las concepciones religiosas y culturales del mundo. Necesitamos un nuevo paradigma de desarrollo que se base en esos valores y que nos dirija a todos hacia una cultura humanista y ecologista. Necesitamos métodos de acción social y política que incorporen tanto los intereses de la humanidad como los del resto de la naturaleza. Cuando nos referimos a la necesidad de aumentar la unidad e interdependencia no hacemos un llamamiento a la uniformidad o al pensamiento único. La multiplicidad, tal y como se fundamenta en el apartado anterior, es una fuente de energía, la base para el intercambio de valores culturales y para comparar formas de vida y de organización.

Pero, al mismo tiempo, debemos definir ciertas máximas que constituyan nuestros valores comunes. Nuestra actitud frente a la naturaleza debe ser uno de estos criterios principales para asegurar el mantenimiento de la humanidad.

Incidencia, retos y desafíos que presenta a nuestra misión educativa y evangelizadora

La visión política

Enfocamos la solidaridad como complementaria a la justicia. Esta última es el valor central de la ética: plantea la equidad entre los seres humanos. La realización de la justicia está íntimamente vinculada a lo público, es una virtud política. Hace falta un soporte institucional adecuado y una fuerte acción ciudadana con otros y para otros.

Por todo ello debemos formar parte de una aspiración, de un horizonte político, y no ser meros ejecutores de proyectos individuales, debemos concebir la solidaridad como condición de la justicia, pero no como la que la constituye. Atrás queda la “solidaridad” anclada en los buenos sentimientos, como la compasión, aunque éstos son siempre necesarios.

Necesitamos aprender a “volver” a mirar la realidad. Y este aprendizaje pasa por dejarse mirar por el otro, por los excluidos del sistema, por las instituciones afines. La honradez con la realidad reclama de las religiosas y laicos de la Compañía de María una alteración de nuestra mirada, un movimiento sutil de nuestros ojos conducente a «ponerse en el punto de mira del otro y con el otro». Mirarse con los ojos del otro que nos visita supone una auténtica revolución epistemológica. Así nos lo recuerda E. Wiesel, superviviente del campo de exterminio nazi de Auschwitz: “Aprendí que el hombre vive diferente según se encuentre en posición vertical u horizontal. Las sombras en las paredes y en las caras no son las mismas”

Nueva visión de la solidaridad

En coherencia con una concepción de la solidaridad que se apoya en el modelo causal (hay que actuar sobre las causas) al que creemos se debe tender, nos situamos en la idea de superación de la tradicional solidaridad (de ida Norte-Sur) por otra que se basa en la CORRESPONSABILIDAD: actores del Norte y del Sur juntos en una misma lucha y en la construcción de procesos de desarrollo que actúen sobre las causas que generan la vulnerabilidad.

Esto nos plantea el desafío de ser coherentes en el Sur y en el Norte. No deberíamos tener dos políticas, dos comportamientos, sino uno sólo.

Todo esto nos está exigiendo ser una institución formada en todas sus dimensiones por personas con ideales y valores, comprometidas/os y con la formación adecuada y actualizada para poder trabajar desde esta visión de la solidaridad.

Educar desde nuestro carisma y con intención de incidir en cambios de actitudes que tiendan hacia esa visión de CORRESPONSABILIDAD que posibilite un nuevo modelo de desarrollo mundial que respete la diversidad y que parta de ese “ideal” de valores comunes y universales que conduzca a la Justicia Social tanto en el Norte como en el Sur.

Utopía, movilización social: Ser portadoras de ese cambio

En los últimos tiempos se ha acrecentado la sensación de que el mundo ha escapado del control de la mayoría de los mortales y que el juego político es cosa de profesionales para estimular una desvinculación fatalista, evidentemente favorable a la conservación del orden establecido.

Hay que desmentir ese rumor desmovilizador de “no hay nada que hacer” que ha atronado constantemente en la vida de las organizaciones e instituciones que trabajan a favor del menos favorecido. El cansancio, la parálisis y el desánimo provocados han

resultado ser peores aliados que las dudas ante la enormidad de las dificultades objetivas.

A pesar de ello miles de personas, aún en las derrotas y los fracasos, continúan siendo beligerantes con la injusticia. Ellos/as testifican que ser humano, y humano comprometido hasta el final con la construcción de un mundo justo, es posible. “Nos recuerdan que el hombre solo cabe en la utopía” (Ernesto Sábato). Seguramente todas sus realizaciones “son cosas chiquitas”, como diría Eduardo Galeano. “No acaban con la pobreza, no nos sacan de la espiral de la violencia, no socializan los medios de producción y de cambio, no expropián las cuevas de Alí Babá. Pero quizá han tenido la capacidad de actuar sobre la realidad y cambiarla como única manera de probar que la realidad es transformable”.

La sorprendente capacidad de los nuevos poderes para absorber, asimilar y neutralizar toda propuesta que cuestione –incluso potencialmente– el orden establecido provoca la necesidad de idear nuevas militancias y nuevas formas de lucha. El futuro de la lucha por un nuevo orden mundial dependerá mucho de la capacidad de dar cuerpo organizativo a la coalición con los excluidos, de la voluntad de “enredarse” de las pequeñas organizaciones en favor del cambio que conduzca a una verdadera Justicia Social. Sin esta comunidad humana no habrá honda de David para derrotar al Goliat de nuestro tiempo.

Pero además nada será posible sin un nuevo estilo cultural, sin reforma intelectual y moral de la sociedad civil, sin cambios en nuestros estilos de vida. No será posible establecer políticas extensivas de solidaridad sin sociedades civiles con cultura solidaria. Y esta necesidad subraya la importancia moral y política de nuestro trabajo en el mundo.

En esta misma línea, algunos obispos de Latinoamérica y el Caribe, ante la Cumbre Europea, hicieron la siguiente declaración:

..... Desde nuestra perspectiva cristiana vemos que: «Nuestra hermana, la madre tierra es nuestra casa común y el lugar de alianza de Dios con los seres humanos y con toda la creación...» (DA , 125).

Necesitamos un marco de referencia que dé prioridad a la vida digna (Jn. 10,10). Un auténtico desarrollo integral «es el paso de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas» (Pablo VI) para todos.

El Evangelio nos impulsa a trabajar con otras instancias para una acción comprometida (cf. DA 75):

- Conscientes que compartimos los mismos valores y principios éticos, proponemos una agenda de trabajo corresponsable en la búsqueda de «un modelo de desarrollo alternativo, integral y solidario basado en una ética que incluya la responsabilidad por una auténtica ecología natural y humana, que se fundamenta en el evangelio de la justicia, la solidaridad y el destino universal de los bienes, y que supere la lógica utilitarista e individualista, que no somete a criterios éticos los poderes económicos y tecnológicos» (DA 474-c; cf CDSI 361-376).

- Actuar en dirección de áreas sensibles: la subordinación del mercado a un núcleo de referencia ético-cultural; el comercio internacional, dignificación del empleo, derechos de los migrantes y refugiados, políticas sociales coherentes y sostenibles.

- Necesitamos una economía ecológica cuya prioridad sea la defensa del ecosistema con el cumplimiento de los estándares internacionales vigentes. Esto implica modificaciones sustanciales en los esquemas de producción, de inversión, comercio y consumo que no son sostenibles ni sustentables a futuro.

Aspectos de la realidad

- *Abrir espacios de democracia participativa a la sociedad civil principalmente a las organizaciones populares y excluidas. Es necesario potenciar las experiencias de control social, veedurías y auditorías ciudadanas...*